

# Programas de reducción de la pobreza y nuevas formas de asistencialismo

José Paulo Netto<sup>1</sup>

Buenas noches, quiero empezar disculpándome por hablar tan mal el castellano, pero espero que nos podamos entender. Quiero decir que para mí es un honor y un placer estar acá. Ustedes se ponen a disposición para una hora de una charla que no va a revelarles ninguna novedad sobre nuestro mundo. No seré original. Creo que esta temática que voy a abordar interesa, sobre todo, pero no exclusivamente a los trabajadores sociales; tiene una extensión mayor. Pero quiero decirles que lo que presentaré ahora a ustedes, lo presento como hipótesis de trabajo. Para mí son más que hipótesis, son el resultado de una investigación de muchas décadas, de muchos años, y expresan mis convicciones teóricas. Ustedes no tienen el menor compromiso de concordar con ellas, pero les pido el crédito de reflexionar sobre ellas.

Ustedes saben que la pobreza es un fenómeno casi tan viejo como el mundo. Miren que no es viejo como el mundo, es casi tan viejo como el mundo. La pobreza empieza a hacer un fenómeno social, cuando los grupos humanos superan la condición de la mera supervivencia fisiológica. Esto ha ocurrido en diferentes momentos históricos, en distintas latitudes; el desarrollo de los grupos huma-

nos jamás ha sido unilineal, jamás ha sido homogéneo. Por lo tanto, son procesos distintos en distintas regiones del mundo.

Cuando los grupos humanos superan el estadio en el cual toda su capacidad de recoger alimentos atiende a su necesidad mínima de reproducción fisiológica, cuando este estadio es superado, surgen entre los grupos humanos distinciones, desigualdades sociales, surge la pobreza. Hasta entonces, la penuria y la carencia involucraban a todos los miembros de todos los grupos humanos.

Cuando en función del desarrollo del trabajo, de una inicial división del trabajo social, se vuelve posible lo que se llama “excedente económico”, o sea, que los grupos pasen a producir más de aquello que es necesario a su consumo inmediato para su reproducción, cuando esto pasa, la comunidad humana se escinde; es entonces posible acumular el excedente. Esto es hecho por la fuerza; los más fuertes acumulan el excedente, y entonces el grupo humano se escinde entre aquellos que producen y aquellos que se apropian del excedente. Entonces la penuria original se vuelve pobreza, que siempre es señal de desigualdad social.

En cuanto es signo de la desigualdad social, la pobreza es viejísima. Ella atraviesa

---

<sup>1</sup> Esta conferencia fue dictada por el Profesor Emérito de la Universidad Federal de Río de Janeiro, José Paulo Netto, el 3 de diciembre de 2013 en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República, Uruguay. Fue una conferencia abierta, organizada por la Coordinación de la Maestría en Trabajo Social y el Programa de Doctorado en Ciencias Sociales con Especialización en Trabajo Social de la Facultad. Para favorecer la difusión de esta conferencia, la profesora Cecilia Espasandín trabajó con la grabación original y procedió a su edición.

épocas históricas muy distintas. Había pobreza en el orden del esclavismo, había pobreza en el orden feudal y hay pobreza en el orden de capital. O sea, no es el orden del capital que introduce la desigualdad, ni la pobreza, en las relaciones sociales y en las estructuras sociales. Pero hay una paradoja en el orden del capital. Es que precisamente en el orden del capital, se crean las condiciones objetivas, o sea, desarrollo de fuerzas productivas, una altísima productividad del trabajo, una aplicación de los conocimientos científicos a la producción social, es solamente en el orden del capital, donde se acrecienta la pobreza y se acrecienta la desigualdad social, cuando hay condiciones objetivas para la superación de la pobreza.

Esta es la novedad que surge en el tránsito del siglo XVIII al siglo XIX en Europa occidental, más precisamente en lo que hoy llamamos Países Bajos -Holanda, Bélgica e Inglaterra fundamentalmente. Allí, en el tránsito del siglo XVIII al siglo XIX, hay tal desarrollo de las fuerzas productivas que vuelve posible la erradicación de la pobreza y de la desigualdad, y es paradójicamente, un momento donde se acentúan brutalmente las formas de pobreza y las formas de desigualdad.

No es casual que en los años treinta del siglo XIX, 1830, 1835, cuando, ya está consolidado el primer estadio de la Revolución Industrial, o como quieren algunos historiadores, la Primera Revolución Industrial -o sea, cuando se configura claramente un padrón civilizatorio que tiene por base la industria y como fenómeno correlativo, la moderna urbanización, la llamada “civilización urbano-industrial”-, no es por casualidad que, en los años treinta del siglo XIX, surgen dos expresiones, que en las lenguas neolatinas pasan a ser parte del léxico común. La primera expresión es cuestión social.

Todo indica que esta expresión ha surgido en francés, cerca de 1830, 1835. Los varios autores que se dedican a pensar lo que entonces se llamaba “cuestión social” son unánimes, todos ellos -y se trata de autores que van desde el espectro extremadamente conservador, me refiero por ejemplo a Alexis de Tocqueville, que en 1837 escribe una “Me-

moria del pauperismo”, hasta un joven revolucionario llamado Friedrich Engels, que en 1845 escribe sobre la cuestión social, me refiero a su monumental obra “La situación de la clase obrera en Inglaterra”-, de la izquierda a la derecha, todos aquellos que se ocupan del pauperismo, de la pobreza, van a decir que en esto consiste la cuestión social. Y atención, se trata de un pauperismo que señala una nueva pobreza.

Es muy curioso que en nuestro siglo XX, al final del siglo XX, surja una teoría, a mi juicio, completamente equivocada, de la “nueva cuestión social”. En los años treinta del siglo XIX, para caracterizar el pauperismo producido por la Revolución Industrial, gente de la derecha, del centro y de la izquierda, utiliza la expresión “nueva pobreza”. ¿Por qué es nueva pobreza? Porque ya no es la pobreza del *Ancien Régime*, del Antiguo Régimen, del orden feudal. Es una pobreza que se realiza en la misma escala en la cual se realiza una enorme productividad del trabajo social. Es un pauperismo que tiene como correlato la mayor productividad de riqueza social que la historia del hombre haya conocido. Y desde entonces, los dos extremos crecen en la misma proporción. Es curioso que en el mismo momento que surge allí la expresión cuestión social, surja una palabrita nueva en el léxico neolatino; es de 1832 la utilización de la palabra “socialismo” por primera vez. Miren, hay azares, casualidades de la historia, pero esto no es una casualidad.

Desde entonces, desde 1830 hasta 2013, somos testigos de un sistema social que hace crecer exponencialmente las riquezas sociales. A lo largo del siglo XIX, a lo largo del siglo XX, más allá de todas sus crisis cíclicas o estructurales, el orden burgués, más precisamente el orden del capital, intensificó al límite su capacidad de producir riqueza social. Pero al mismo tiempo, algo lo persigue como una llaga de la cual él no se libera, que es la pobreza. Los grados de esta pobreza han variado a lo largo de estos dos siglos. Las expresiones de esta pobreza han variado a lo largo de estos dos siglos. Pero dos cosas no han variado: ella es siempre expresión de desigualdad social en mayor o menor dimensión; y es

más, ella parece tan irreductible como la desigualdad social.

Es evidente que no es posible acá historiar este proceso en el siglo XIX y en el siglo XX, pero hay dos o tres observaciones que tenemos que hacer con algún detalle, para entender que hoy estamos en un ciclo histórico que es nuevo. Y cuando digo “hoy”, me refiero a los últimos cuarenta años aproximadamente. Ustedes saben que los marcos historiográficos nunca son precisos, son aproximativos. Lo que voy a llamar “hoy”, lo que voy a llamar “contemporáneo” es algo que se configura en los últimos treinta o cuarenta años. Si ustedes me exigieran un poco más de rigor y de precisión, yo diría de mediados de los años setenta.

En 1974, 1975, hubo por primera vez desde el final de la Segunda Guerra Mundial, un proceso de recesión económica sincronizada y generalizada entre los países de la OECD, o sea, los países capitalistas más desarrollados del mundo. Hubo por primera vez –es necesario insistir en eso– una recesión sincronizada, o sea, en todos los países de la OECD, que duró dos años, de 1974 a 1975. Después de esta fecha, se localizan algunos procesos que configuraron este mundo en el cual nosotros estamos viviendo. Esto no quiere decir que estos procesos empezaron a operar en el '74, '75; algunos ya venían de antes, desde mediados de la década del '60, pero operan expresamente después del '74, '75. Yo voy a exponerlos enseguida. Pero antes es necesario decir que entre el final de la Segunda Guerra Mundial y estos años, '70, '71, '72, '73, el desarrollo económico capitalista ha sido ejemplar. En estos años, que los economistas franceses llaman “los treinta años gloriosos”, “los treinta años dorados”, “los treinta años de oro del capitalismo”, ¿qué ha pasado?

Siempre es importante llamar la atención –y yo hago esto hace más de cuarenta años–, de que no existe el capitalismo sin crisis. El único capitalismo que existe sin crisis es el capitalismo “celestial”, pero como nosotros no tenemos experiencia empírica de él, no podemos afirmar nada sobre él. La crisis no es una enfermedad que abruptamente, de pronto, ataca el sano equilibrio de la economía capitalista; no es así. La crisis es un constitutivo esen-

cial para la dinámica capitalista. Es necesario retener esto; no existe capitalismo sin crisis. Es evidente que los teóricos, los ideólogos, del capital tienen que negar la crisis objetiva del capitalismo. Admitir la crisis del capitalismo y admitir la crisis como un constitutivo de la economía, de la dinámica económica del capitalismo, es admitir la contradicción de esta organización económica de la producción.

Los pensadores que sirven al capital, algunos honestamente –yo diría que son pocos– y otros porque son bien pagados, no pueden admitir la crisis del capital. ¿Pero qué hacen frente a las crisis objetivas? Ustedes conocen la explicación, la explicación de ellos es una explicación moral o psicológica: “los bancos han quebrado porque sus gestores fueron corruptos”. Esa es una cuestión moral. O entonces, la explicación es aquella de los periodistas económicos que ustedes deben ver en su televisión o en sus radios, que dice que “el mercado está nervioso”. Por favor, que le den un calmante. ¿El mercado está nervioso? Ellos no dicen quién es el mercado. ¡El Banco Mundial lo dice! En un informe de 1997, el Banco Mundial dice expresamente que menos de 500 operadores financieros controlaron el flujo mundial de divisas. Se pueden poner en esta sala. Tienen documento de identidad, tienen dirección.

No se explican las crisis del capital por la moralidad o la inmoralidad de los gestores del capital, incluso porque hay gestores del capital que son moralmente honestos. Las empresas no quiebran por la honestidad o la corruptibilidad de sus dirigentes, quiebran por mecanismos objetivos del mercado, que son mecanismos contradictorios. Y es por eso que la crisis no es una enfermedad capitalista; ella forma parte de la dinámica del capital. Señores, la crisis no va a vencer al capital; la crisis no va a destruir al capital. Si no hay una solución política que destruya el dominio del capital, de la crisis el capital sale más fuerte y más vigoroso. 1929 no destruyó al capital. 2010, 2012, no van a destruir al capital.

Entonces yo decía, las crisis –porque no hay capitalismo sin crisis– en el período del '45 hasta mediados del '70, existieron, pero fueron pequeños episodios en una curva as-

cedente de crecimiento económico; o sea, los períodos de expansión fueron mucho más largos y mucho más profundos que los episodios de crisis.

Lo que pasa después del '74, '75, es que esta especie de diagrama se invierte. Las crisis se vuelven mucho más frecuentes y los episodios de crecimiento se vuelven más cortos. Hay una sucesión de crisis después del '74, '75, que sugiere que es correcta la visión de un economista marxista muy conocido, Ernest Mandel, que decía que después del '74, '75, la tendencia era la de largos ciclos de recesión o de estancamiento y pocos ciclos de crecimiento. Él decía que había llegado el tiempo de lo que él llamaba "ondas largas recesivas".

La tesis de Mandel es una tesis polémica; no es una tesis que se deba aceptar directa e inmediatamente. Pero una cosa se reveló correcta: parece que la crisis que era cíclica se volvió crónica. Cuenten ustedes -la mayoría de este auditorio es muy joven-, de cuántas crisis ustedes ya han sido testigos. O sea, todo indica que entramos en el siglo XXI deparándonos con una crisis que no es sencillamente una crisis cíclica del capital. Todo indica que estamos frente a una crisis sistémica del capital. Lo que está en crisis ahora no es, como en 1929, la empresa privada. Ustedes se acuerdan que en 1929, en el crash o el crack de la bolsa de Nueva York, las empresas quebraron, los banqueros, los capitalistas, saltaban de los edificios, de los rascacielos de Wall Street, se suicidaban. Ellos hoy no están quebrados.

En el '74, '75, quedó claro que la tasa de ganancia de las mega-corporaciones estaba en caída. Ahora esto no está ocurriendo. La crisis hoy se muestra mucho más grave en el sector público, los Estados están en quiebra; las mega-corporaciones no, tanto que las mega-corporaciones están comprando al Estado, ¿qué es el proceso de privatización si no? Hay, por lo tanto, un cambio estructural en el orden del capital. Parece que nosotros estamos llegando a un tipo de crisis que es nuevo, que no es la crisis del '74, '75, no es la crisis del '92, no es la crisis del '98, no es la crisis del 2002. Es un tipo de crisis que involucra todas

las instituciones del orden del capital. A esto, algunos autores le llaman "crisis sistémica".

Yo creo que la hipótesis es ambiciosa y merece algún cuidado. ¿Por qué? Porque ahora estamos frente a una agudización, un agravamiento de la cuestión social que es nuevo. Yo no sostengo, como algunos intelectuales importantes, que desde el '74, '75, hay una nueva cuestión social. Esa es la posición, por ejemplo, del socialdemócrata europeo Rosanvallon, que dice: "el contrato social del pasado se volvió anacrónico y por eso, hay una nueva cuestión social, que involucra sedimentos sociales nuevos". Yo no lo acompaño en esta visión. En primer lugar, yo no creo que haya una crisis del contrato social. Lo que hubo fue una crisis de financiación del Estado de bienestar social; que es otra cosa. Pero no hay dudas de que entramos en un proceso nuevo de agravamiento de la cuestión social.

Yo voy a dar un ejemplo muy sencillo. Cuando un país vivía un proceso de agudización de la cuestión social, que se manifestaba en el desempleo abierto o en el desempleo latente, ¿qué hacía el gobierno de este país? Hacía una serie de concesiones a una gran industria capitalista; le ofrecía exenciones tributarias y fiscales para que ella estableciera en su territorio una planta productiva. ¿Por qué? Porque duplicaba cualquiera que fuera el segmento industrial, e implicaba una apertura grande de cupos de trabajo directos, o sea, daba empleo a mucha gente directamente y, dependiendo del segmento industrial, se abría una enorme faja de empleos indirectos. Entonces la industrialización era el camino más rápido de intervención estatal. Atraes capitales extranjeros, profundizas el proceso de industrialización, ¿y qué tienes? más empleos directos e indirectos. Creas renta en el espacio nacional y por lo tanto, puedes trabar el proceso de pauperización absoluta.

Hoy esto es una ficción. ¿Por qué es una ficción? Porque, dado el desarrollo de las fuerzas productivas, la economía de trabajo vivo, o sea, el empleo de fuerza de trabajo directa, es cada vez más reducido. Tu traes el capital extranjero, pones acá una industria automotriz; para no hablar de actividades como minería y siderurgia, que a los países centrales

les interesa exportar al Tercer Mundo, pues son industrias sucias, de alto consumo de carbono, y ustedes saben las implicaciones ecosistémicas de eso, y no resuelven el problema.

Lo que pasa hoy es que, al contrario de cuarenta años atrás, la fuerza de trabajo absorbida por el sector secundario industrial o por el sector primario -la pesca, la minería- es cada vez más residual, y no hay condiciones de absorber esta masa de gente por el sector terciario. De ahí, la expansión del trabajo a tiempo parcial, del trabajo flexible, del trabajo zafra, del trabajo en la informalidad. ¿Qué señala esto? Señala que el desarrollo del capital hoy no demanda significativamente fuerza de trabajo. De ahí, el carácter de crecimiento exponencial de aquello que Marx llamaba de “población excedente”, de gente que no es funcional a la lógica de valorización del capital. Esto no significa que haya una expansión demográfica. Esto significa sencillamente que la fuente de fuerza de trabajo excede las necesidades de valorización del capital. No hay solución para esto, ni a corto, ni a mediano plazo. Es necesario que alguien lo diga con toda sinceridad. En el marco de las relaciones capitalistas, este problema es insoluble, no hay solución.

Esto supone un universo de excedentarios, que demanda alguna cobertura social. Si no hay alguna cobertura social, esta gente recurre, para la sobrevivencia, a medios ilícitos, o –según nuestros padrones jurídico-administrativos-, a la criminalidad. Hay que hacer algo. Hay que tener un sistema de protección social, que sea capaz de ofrecer algo a este universo que crece exponencialmente. Pero esto ocurre precisamente cuando los aparatos de protección social, que han sido organizados en el tiempo de la vigencia del *welfare state*, han sido destruidos.

¡Miren qué contradicción! Las políticas llamadas “neoliberales”, entre ’75 y ’90, han destruido los sistemas de protección social constituidos desde el post ’30 y especialmente después del ’45. Ellos han sido reducidos. Miren Chile por ejemplo, donde la experiencia neoliberal ha sido la experiencia piloto. Les recuerdo que el primer paso del programa piloto neoliberal ha sido la privatización

de la previsión social. ¿Qué pasó en Chile? ¿Ustedes se acuerdan? Las empresas privadas tenían que pagar sus primeros pensionistas en los años 2004, 2005, pero quebraron en 2003. La persona pagó 30 años de contribución y ésta se evaporó. Y miren Argentina. ¿Ustedes se acuerdan del período Menem? ¿Qué ha pasado con la gente que ha contribuido? ¿Alguien puede decirme? Cuando se destruyen los sistemas de protección social característicos del *Estado de bienestar social*, se genera la necesidad de cubrir nuevos y masivos contingentes de gente.

¿Qué hacer? Reconstruir el aparato protector que fue destruido en los años ’80 es imposible; es imposible desde el punto de vista administrativo, es imposible desde el punto de vista político, es imposible desde el punto de vista financiero. ¿Quién mantenía el Estado de bienestar social? Que ustedes saben duró solo treinta años y cubrió un segmento muy pequeño, ¿pero quién lo mantenía? Un acuerdo, un pacto social entre el Estado, la clase obrera y el empresariado industrial, que garantizaba el fondo público, el presupuesto para la manutención de la salud, de la educación, de la previsión social y de la asistencia; el llamado “gobierno de la seguridad social”, que involucraba salud, previsión y asistencia. Cuando en los años setenta, la tasa de ganancia empieza a caer, ¿qué es lo que el capital hace? Rompe este pacto: “no vamos a contribuir”, “que se destruya el sistema”. Y con mucha competencia, lo llevó adelante la “Bruja de Hierro”, que algunos llaman “la señora Margaret Thatcher”.

Es imposible desde el punto de vista tributario reconstituir el Estado de bienestar social porque el capital, una vez que está siendo el sujeto protagónico de este período histórico, no va a admitir ningún recorte propio; entonces se vuelve imposible reconstituirlo – para no hablar desde el punto de vista político. Les recuerdo que la destrucción del servicio de protección social público frecuentemente ha tenido una legitimidad democrática espantosa. En Chile, ha sido inducida, como ustedes saben, por el régimen genocida de Pinochet. Pero les recuerdo que en Italia, que en Francia, que en España, que en Portugal,

que en Europa meridional, los cambios han sido legitimados por elecciones libres. Les llamo la atención hacia el segundo gobierno de Fernando Henrique Cardozo en mi país, que ha sido el gobierno que ha conducido, ha implementado el mayor programa de privatización del mundo -absolutamente corrupto, como ustedes pueden imaginar- pero este programa ha sido avalado por la población. Fernando Henrique ganó legítimamente la Presidencia de la República dos veces. Entonces, miren, no hay condiciones políticas de resucitar el fallecido Estado de bienestar social. Sus viudas pueden llorar pero que traten de encontrar otro amante porque aquel no vuelve.

Bueno, ¿qué hacer? Hay una solución, que es la solución socialista, que es una solución revolucionaria, pero esta solución -puedo estar profundamente engañado- no se vislumbra en el horizonte, ni en el corto, ni en el mediano plazo. Yo creo que lo que he dicho hasta ahora es algo factual e indiscutible. De ahora en más, lo que digo depende de una proyección política. Mi proyección política no ve a corto plazo ninguna posibilidad de alternativa socialista, ninguna. Esto no quiere decir que no veo a corto plazo una agudización de la lucha de clases en todos los cuadrantes del mundo.

Yo estoy convencido, por ejemplo, que el próximo año, 2014, mi país será interesantísimo porque el pueblo brasilero tendrá que confrontarse con dos estados: el estado nacional y el nuevo estado -que está ocupando el país y va a ocuparlo hasta julio del próximo año-, que es la FIFA. ¿Ustedes creen que las manifestaciones en la Copa del Mundo van a ser menos intensas y menos masivas que ahora en la Copa de las Confederaciones? Solo hay una forma de hacer eso: es militarizar las ciudades brasileras, y yo no creo que el gobierno Dilma tenga condiciones políticas para hacer eso. Entonces, señores, va a ser un festival; ustedes prepárense.

Pero miren lo que está pasando en Europa: manifestaciones de millones de trabajadores. Yo estuve en Europa en los tres primeros meses de este año. He visto manifestaciones en Italia, en Francia, en España, y he participado inclusive en algunas de ellas; mani-

festaciones de millones de personas. Pero, atención, estas manifestaciones no se expresan en cambios electorales significativos, ni se expresan en un crecimiento de la organización popular en estos países. Son movilizaciones de masa, pero que no están dejando como implicación, ni organización política, ni cambios electorales significativos.

El último ejemplo es de Portugal: contra el proyecto del actual gobierno del Partido Social Demócrata, del PSD, que está en el gobierno central, se movilizaron en Lisboa dos millones de habitantes -el país tiene diez millones de habitantes. ¿Ustedes tiene idea del significativo número? Veinte por ciento de la población; o sea, había ido gente del país entero. Cuarenta días después se hacen las elecciones legislativas. El PSD, el Partido Social Demócrata, pierde quinientos mil votos. De estos quinientos mil votos, cuatrocientos mil fueron para el PS, el Partido Socialista, que tiene la misma política del otro. Cien mil fueron para el Partido Comunista, que creció pero creció mínimamente.

Miren en España, el PSOE ha sido el responsable por la tragedia española, pero el partido de la derecha, el PP, no tiene una política muy distinta. Entonces, es impresionante. Tú tienes una movilización social pero esta movilización no llega a afectar los centros político-económicos decisivos. Por eso -retomo mi argumentación-, yo veo una intensificación de las luchas sociales a corto y a mediano plazo, pero no creo -me gustaría mucho estar equivocado- que de ahí salga ninguna solución socialista.

Si esto es así, o sea, si no hay una expresión organizada del mundo del trabajo, de los trabajadores, contra las formas de dominación, incluso las hegemónicas, del capital, yo soy conducido a una inferencia que es también muy ambiciosa, que es la siguiente. Ustedes saben que Marx ha considerado que el desarrollo del orden burgués ha tenido siempre componentes, vectores, elementos, emancipadores. Marx decía que el desarrollo del capitalismo tenía componentes civilizatorios. Al contrario de algunos de sus seguidores y divulgadores, Marx no tenía una fe tonta, ciega, ingenua, en el progreso. Marx

sabía que en cualquier sociedad de clases, las fuerzas que llevan al progreso traen consigo mismas, condiciones de regresión, de barbarie. Marx entendió siempre que los avances civilizatorios que él atribuía al movimiento del capital, que él atribuía a la organización político-burguesa, eran civilizatorios pero operados bárbaramente. Esto parece contradictorio, ¿no? Porque es contradictorio.

Miren ustedes la llamada “conquista de América”, la llegada acá de los ibéricos, la gente de los pueblos de España, la gente de Portugal, miren como esto ha sido progresista en términos de la humanidad. Ha incluido estas tierras en la dinámica cultural de occidente, ha unificado el mundo, ha contribuido para ser, con el mercado mundial de la humanidad, una humanidad, no varias. Pero pregunten a los aztecas, a los mayas y a los incas, a los quechuas, a los aymaras, cuál ha sido el resultado de eso. Ha sido un proceso genocida. Y a veces nosotros cuando nos referimos al genocidio de los pueblos originarios, nosotros no sabemos cómo esto ha sido hecho. Visiten, por favor, la ciudad que se llamaba “el ombligo del mundo”, que es Cuzco, que ustedes saben que, en quechua, quiere decir “ombligo del mundo”. ¿Ustedes saben cuántos españoles conquistaron Cuzco? No más de doce, una docena. Ellos tenían doce caballos, pero la gente del lugar nunca había visto un caballo; el papel aterrador de doce caballos, ¿ustedes consiguen imaginar eso? Estamos nosotros acá, ahora reunidos, y entra una cosa que es monstruosa por allá, imaginen el impacto genocida de un instrumento de transporte tan sencillo como el caballo. Ha sido algo criminal. Mediante medios bárbaros, medios de barbarie, el capitalismo fue capaz de engendrar mecanismos civilizatorios.

La hipótesis con la cual yo trabajo, mirando el capitalismo del siglo XXI, o si ustedes quieren, aquel que llamo “capitalismo contemporáneo”, aquel posterior al ’74, ’75, por todo lo que he visto en estos treinta años y he analizado, es un capitalismo que ha agotado sus potencialidades civilizatorias. Lo que estoy diciendo es algo muy serio. Estoy sustentando aquí la hipótesis de que, a diferencia del capitalismo que Marx ha analizado, este ca-

pitalismo contemporáneo, por una serie de cambios que ha sufrido, que pasan por su llamada “financierización”, el predominio del capital especulativo sobre todas las otras formas del capital –no interesa ahora entrar en estas transformaciones, pero interesa señalar que, como resultado de estas transformaciones-, el capitalismo contemporáneo ha agotado sus posibilidades civilizatorias. O sea que, no se esperen de este capitalismo sino regresiones civilizatorias. Yo sé que la hipótesis es ambiciosa. Yo no voy a detenerme a demostrar esta hipótesis, pero voy a señalar solamente una cosa.

A todos está asustando en los últimos años una actividad ya antigua, pero que era una actividad hecha en la economía capitalista mediante métodos muy artesanales: el tráfico de personas. Miren que esto no es novedoso. Tenemos esto desde, por lo menos, el siglo XIX. Hay estudios sobre el tráfico de mujeres de Europa oriental para que operen como prostitutas aquí en Buenos Aires; hay estudios exhaustivos sobre eso, no es novedoso. Lo novedoso es que ahora esto se hace en el ámbito de organizaciones empresariales; hubo una modernización de este negocio.

Todos están muy preocupados con eso; yo también. Pero hay ahora un negocio muy floreciente en Europa, que no es el tráfico de personas, es el tráfico de órganos. Usted saca de una persona un riñón y lo vende a otro. Miren que para este negocio es necesaria una infraestructura técnica del más alto nivel; esto no se hace en el fondo de una casa. Esto se hace en hospitales, que tienen condiciones de transporte y de conservación de un riñón, y quien hace esto no es el enfermero burdo, es un cirujano competente, sofisticado. ¿Ustedes ven cómo están cambiando las actividades lucrativas? ¿Cómo se están volviendo racionales? ¿Ustedes están observando cómo la ciudad se vuelve un negocio privado?

Miren la experiencia de Barcelona, replicada aquí en Argentina, en Puerto Madero. Primero, tú sacas del centro urbano a la gente pobre; pones las actividades comerciales y empresariales, degradas el centro; y después con la plata pública, recuperas el centro. Este es un fenómeno mundial. Si ustedes quieren

ver cómo esta cosa funciona, el laboratorio actual es Río de Janeiro. Río de Janeiro es un cantero de obras. Estoy hablando de cosas pequeñas. Estoy hablando de tráfico de órganos; estoy hablando del crecimiento del trabajo clandestino de mujeres y de niños. En la Ciudad de San Pablo, hay ochenta mil bolivianos que trabajan en las confecciones clandestinas, sin ningún derecho. Toda la gente sabe eso, incluso la policía, que presta protección a quien explota esta fuerza de trabajo. Por donde tu miras, todas las señales son de degradación de los valores civilizatorios, todas. Y estoy dando ejemplos menores.

Para ejemplos mayores, miren la Guerra de Irak. ¿Ustedes se acuerdan que Francia, con aquel presidente extremadamente reaccionario, se ha opuesto a la agresión a Irak? ¿Nosotros nos olvidamos de eso? Sarkozy ha estado en contra, ¿por qué? Porque en los planes de la reconstrucción, hechos ya antes de la destrucción, las grandes corporaciones francesas habían sido marginadas; sólo por eso. Libia, ya no se habla más de Libia, parece que los problemas han sido todos resueltos. ¿Ustedes están acompañando la utilización bélica de la tecnología? Nosotros ahora podemos hacer una programación para alcanzar en un barrio, la casa X del número X de la calle X, si es posible en el cuarto del señor “José de las Frutas”. Señores, en los últimos diez años, nunca hubo tantos muertos civiles en conflictos bélicos en el mundo.

¡Qué bueno! Se cae el muro, llega al fin la Unión Soviética, la Guerra Fría está superada y nosotros entramos en el mar del fin de la historia, ¿no? En el reino parlamentario y la economía de mercado. Es exactamente esto que ha ocurrido, con un pequeño detalle: el capitalismo, que es hegemónico, no tiene hoy ningún valor civilizatorio. No es el capitalismo que Marx pensó.

Si esta hipótesis es correcta, ¿qué hacer con esa masa de excedentarios que tiende a crecer? Yo diría que esta masa de excedentarios no puede morir de hambre, porque antes de morir de hambre va a asaltar la casa de alguien, va a buscar comer de alguna forma. Entonces tenemos que manipular nuevos instrumentos de control social sobre esta gente.

Miren, esta gente no tiene empleo, no tiene ninguna cobertura social, y por lo tanto, controlarla es muy difícil.

Para controlar los trabajadores organizados, sindicalizados, tú tienes algunos mecanismos. Para controlar la gente que no existe para el Estado, tú tienes sólo dos caminos, dos formas. La primera y mejor forma es subordinarla a mecanismos de supervivencia dirigidos por el Estado; pero someterla a estos mecanismos, no en términos transitorios sino en términos permanentes. No se trata de programas de emergencia para atender a determinados contingentes de gente en lapsos cortos de tiempo. Se trata de instituir un sistema de servidumbre al Estado. ¿Qué son los programas de reducción de pobreza, o los programas - más sofisticados- de redistribución de la renta, si no son este proceso? Esto exige alguna reflexión.

En primer lugar, yo quiero decirles que sólo es contrario a la asistencia social aquel que nunca ha pasado hambre. Los intelectuales en la Universidad son maestros para hacer crítica al asistencialismo: “el asistencialismo crea clientelismo político”. Quien tiene la barriga llena puede hablar de la inutilidad de la asistencia. Yo no tengo esta posición. Mi posición es: “hay alguien con hambre, tenemos que providenciar algo para que no muera de hambre”. Pero es necesario tener claro los límites de esta acción. Las formas asistenciales tradicionales deben ser criticadas, no porque son tradicionales, no porque son asistenciales; deben ser criticadas porque son ineptas, son ineficientes. Entonces el asistencialismo tradicional, la filantropía tradicional, que conocemos desde el siglo XIX, debe ser criticada -insisto-, no porque es filantropía, sino porque es inepta, es insuficiente, no resuelve la cuestión del hambriento.

Ahora lo que está ocurriendo es distinto. No es la filantropía tradicional. Es una forma por la cual el Estado es implementador o sencillamente el articulador de un gran departamento de asistencia social. Entran ahí formas actuales de filantropía empresarial, una fuerte presencia de las empresas en el ámbito filantrópico. Pero ustedes no se olviden que todo lo que ellas invierten en la filantropía empre-

sarial, ellas deducen de sus impuestos y de sus sistemas tributarios, por lo tanto, no hacen nada filantrópico.

En mi país, el gran trust de tabaco norteamericano, *American Tobacco*, tiene el ochenta por ciento del mercado nacional de cigarrillos, se llama allá *Souza Cruz*. La Souza Cruz forma parte de un instituto de ética empresarial, que tiene una acción asistencial filantrópica extraordinaria. El instituto se llama por acaso, *Instituto Ethos*. O sea, la empresa que mata cinco millones de brasileros por año tiene la dignidad de ofrecer a cincuenta mil brasileros oportunidades asistenciales. Esto es un engaño. Y hay varios trabajadores sociales ahí; hay muchos compañeros nuestros trabajando en la filantropía asistencial. Yo no juzgo a nadie desde un punto de vista moral. Las personas tienen que pagar su alquiler, tienen que educar a sus hijos, tienen que comer, tienen que vestirse. Pero desde el punto de vista político profesional, yo hago juicios. Pero volvamos.

Lo que el Estado realiza hoy, directa o indirectamente, es un gran departamento de asistencia social. Para este ejército de excedentes, hay políticas sociales que no son puntuales, no son de emergencia; son políticas que vienen a reproducirse, y se presentan como políticas: 1) de combate a la pobreza absoluta. Atención, hoy nadie habla de erradicar la pobreza. Se trata de erradicar la pobreza absoluta, aquello que el Banco Mundial define de supervivencia con un dólar per cápita por día, con una variación por encima o por debajo de veinticinco centavos. Es eso que se trata de enfrentar; o sea, el nivel de la miseria absoluta, de la indigencia.

Estas son políticas compensatorias; todas fracasadas. En el año 2000, la mayoría de los estados vinculados a ONU hicieron el compromiso de cumplir con los *Objetivos de Desarrollo del Milenio*, de los cuales forma parte, el objetivo de enfrentar y reducir a la mitad la miseria absoluta en el mundo, en un plazo de quince años, hasta 2015 -el PNUD ha sido uno de los instrumentos más importantes para eso. La última relatoría del PNUD, que es referente a 2012, confiesa que, a pesar de algunos avances en algunas regiones del mun-

do—donde se registran de hecho avances—, este proyecto—que es un proyecto absolutamente minimalista—no será conseguido.

El más nuevo presidente del Banco Mundial ha dado una entrevista, ahora en julio, renovando este proyecto para 2030. 2) Hay otra política que se propone, en un marco más abarcador, redistribuir renta. No se trata solamente de acciones orientadas al combate de las expresiones de la pobreza absoluta. Se trata de proyectos más inclusivos, que dicen que van a redistribuir renta. La idea es generosa y se debe decir que, en algunos países, incluso en Brasil, al cabo de una década de estos programas, de los tipos que ustedes conocen—*Fome Zero* en Brasil—, ha sido posible reducir muy mínimamente el Índice de Gini; era 0,567 y bajó a 0,561. Dependiendo del universo involucrado, esta pequeña modificación puede tener algún impacto. Pero observen que todo eso se hace sin tocar las orientaciones macroeconómicas generales; o sea, aquellas orientaciones que una vez implementadas en la economía, son las causantes del crecimiento exponencial de la masa de desprotegidos sociales. ¿Me hago entender?

La orientación macroeconómica que ha generado este contingente de desprotegidos sociales, no es alterada mínimamente. Y entretanto, se pretende cambiar la situación de estos que son sus víctimas. Miren, existe ahí una trampa peligrosa. Yo no diré que es una trampa armada conscientemente; yo no tengo una teoría conspirativa de la historia. Pero hay una trampa ahí. Es imposible conducir proyectos de distribución de la renta perdurables mínimamente en el tiempo, si nosotros no tocamos su causa, que es la concentración de la propiedad. ¿Qué es “perdurable mínimamente en el tiempo”? Cinco, siete años. No es posible tocar efectivamente la estructura de la distribución de renta, que se expresa muy concentradamente, si nosotros no enfrentamos el problema de la concentración de la propiedad.

Quien les prometa que va a hacer redistribución de renta sin tocar la propiedad, les está mintiendo, o lo que es peor, puede estar engañándose a sí mismo; puede estar engañando o puede estar engañado. Y es más, a la concentración de la propiedad corresponde siempre,

una concentración del poder político. Si no tocas la concentración del poder político, si no tocas la concentración de la propiedad, los mecanismos de redistribución de renta, primero, no afectan sustantivamente la desigualdad, y más importante, además, tú mantienes en la dependencia y el subsidio, sea gubernamental directa o indirectamente, a las nuevas masas asistidas.

O sea, estos programas son unos departamentos de asistencia social, donde hay una puerta de entrada. pero no hay puerta de salida. Solo hay puerta de salida si tú pudieras producir una situación tal, en la que entregarías una oferta de empleos estables y mínimamente remunerados a estas masas. Y nosotros sabemos que esto no es verdad. Las soluciones son por nosotros conocidas, son las cooperativas de los recicladores de papel, son las cooperativas de materiales reciclados. Yo creo que esto ocurre en todos los países al sur del Ecuador. ¡Y lo que hay de trabajadores sociales invirtiendo sus esfuerzos en eso! Y lo peor es que lo hacen de buena gana, y lo peor –yo sé que a ustedes no les gustará oírlo-, lo hacen a través de estas agencias de empleo, que son las ONGs. Esas ONGs, en su mayoría, son un escándalo.

¿Cuáles son las condiciones de trabajo en las ONGs? ¿Son vínculos estables? O sea, se habla mal de la tercerización de las empresas capitalistas, pero se adapta muy bien a estos regímenes de trabajo escandalosos de las ONGs. Para quien les gusta las ONGs, miren lo que ellas están haciendo en su país. ¿Ustedes saben cuál es el paraíso de las ONGs hoy? ¿Dónde hay más ONGs por metro cuadrado? Es en Haití. Operan en Haití hoy más de veinte mil ONGs. ¿Saben lo que hacen? Claro que hay una media docena de ONGs serias, las hay; pero la mayoría de ellas lava dinero. “¡Vivan las ONGs!” “¡Las ONGs son el futuro!” Por favor, señores, piensen, organizaciones que violan los principios laborales más elementales; y todas las que yo conozco, no importa el área donde operan, tienen como misión rescatar la autoestima de sus usuarios.

Hay que tener un poco de sospecha frente a este movimiento mundial. Pero yo sé que mis compañeros trabajadores sociales son

“onguistas”, para ellos el mundo ideal es el mundo sin Estado y lleno de ONGs. Yo quiero decir que yo me enfrento abiertamente con esta posición equivocada de sociedad civil. Es una visión de sociedad civil aclasista; imaginando que la sociedad civil es un conjunto de protagonistas, como máximo, distintos, cuando no neutrales. La sociedad civil está copada por agencias que exprimen intereses de clase. Pero “imagínate, José Paulo cree todavía en la existencia de clases”, “es un tipo muy antiguo”.

Vuelvo a mi argumentación. Tú tienes que ofrecer a esta gente, a esta masa exponencial, lo que yo llamo el “nuevo asistencialismo”, que no es el viejo, porque el viejo era instrumentado casi siempre en nombre de valores religiosos cristianos. Ahora el Estado y las ONGs instrumentan este nuevo asistencialismo en nombre de los derechos de la ciudadanía, en nombre de la autonomía de la sociedad civil. Sus valores son otros, valores ideológicos, claro. Y sus recursos, ¿de dónde vienen sus recursos? La gente que trabaja en eso en mi país, en el Ministerio de Desarrollo Social –están allá varios ex alumnos míos y muchos amigos míos, gente que incluso yo respeto-, cuando yo discuto con ellos, ellos me dicen: “mira, el presupuesto del *Bolsa Familia* ha crecido, del año pasado para este año, setenta y cinco por ciento, ahora nosotros atendimos a sesenta millones de personas –y eso es veinte veces Uruguay-, quince millones de familias”. Como yo soy un tipo malo, ahora yo quiero comparar el presupuesto del *Bolsa Familia* con cuanto el Estado brasilero gasta para pagar los intereses de su deuda interna.

Vamos a comparar. Quiero decirles que el Estado brasilero gasta en el *Bolsa Familia* menos de veinte por ciento -hubo un tiempo en que era diez por ciento- de lo que gasta para pagar a los rentistas internos. Es muy barato dar *Bolsa Familia* a las personas. Es un trozo muy pequeño del fondo público. Lo esencial del fondo público es asaltado por la burguesía y por los sectores rentistas. Cambian los gobiernos, salen los gobiernos progresistas y vienen los gobiernos conservadores, no se tocan estos proyectos. Ellos son de bajísimo costo.

Pero es evidente que no es posible controlar a todos con este proceso. Entonces hay otro. Estos programas son programas de control de la población, pero es un control no coercitivo. ¿Pero ustedes se asombran de que, en la misma frecuencia diacrónica, es decir, que en el mismo paso en que se universalizaron los programas de combate a la pobreza absoluta y los programas de distribución de renta, se desarrolla la idea de que debemos tener una acción política policial represiva con la *tolerancia cero*, que debemos tener un buen sistema penitenciario? El sistema penitenciario que está ahí es horroroso, es deshumano, la gente está amontonada. “Vamos a privatizar el sistema penitenciario, será más barato y tendremos penitenciarios con derechos humanos dignos, nadie será amontonado”. ¿No les parece una coincidencia interesante?

A mi juicio, la “asistencialización” de la cuestión social trae necesariamente consigo la criminalización del pobre, porque la asistencialización en estos términos, es, de hecho, la naturalización de la pobreza. La naturalización de la pobreza equivale a la criminalización del pobre. Las clases peligrosas no son las clases trabajadoras, son los no trabajadores; entonces para ellos, la mano dura de la ley, la “tolerancia cero”. Nosotros sabemos lo que significa, ¿no? La clase peligrosa no es más la clase obrera; son los pobres -en nuestros países-, los negros. Setenta por ciento de la población carcelaria brasilera es de negros; y setenta y cinco por ciento de los penalizados, de aquellos que ya han sido condenados, lo han sido por crímenes contra la propiedad, no contra la vida. ¿Ustedes quieren algo más claro que eso?

Entonces, la política de la mano dura policial y de la privatización vienen juntas; esta vinculación hace que haya una forma coercitiva de control de esta gente, que es la represión. O sea, frente a este cuadro maximizado de la cuestión social, cuando el capital ya no tiene más ninguna posibilidad civilizatoria, hay que transformar el control de esta gente en administración de la miseria. Se trata de administrarla por métodos cohesivos mediante las políticas de combate a la pobreza absoluta, o mediante las políticas de redistribución

de renta sin tocar la estructura de la propiedad y sin tocar la estructura del poder político.

Eso tiene que quedar bien claro, porque solo es posible una política de redistribución de renta con eficiencia si tú tocas la estructura de la propiedad. Pero para tocar la estructura de propiedad, yo tengo que recordar a los amigos, que es necesaria una revolución. Y el otro instrumento es la mano dura. Son formas de administración de la miseria, o si ustedes quieren, son las formas actuales con las cuales el propio capital nos permite lidiar, enfrentar, tratar, con el proceso de barbarización social, que hoy ya se hace presente.

La moraleja de mi historia es que aquella vieja, antigua, observación de que no había alternativa excepto socialismo o barbarie -que es una vieja formulación inicialmente del propio Marx, después de Rosa Luxemburgo, y reiterada a lo largo de los siglos-, yo diría hoy que “socialismo o barbarie” es, como dice el Profesor Mészáros, “si es que nosotros vamos a tener alguna suerte” porque la barbarie ya llegó.